

Evangelización y Vida Contemplativa Clariana

*Hna. M. Teresa Pandelet
Hermanas Clarisas de Ávila*

Los rayos del sol se colaban por las ventanas mientras las hermanas de la Comunidad entonábamos la salmodia del día. Una de las hermanas leyó pausadamente el evangelio de Lucas 10,1-9: «¡Poneos en camino!»...

Jesús está empeñado en que sus discípulos se pongan en marcha para comunicar a los demás lo que de él han recibido, sabiendo que el trabajo es mucho y pocas las manos. Realmente está jaleándoles para que se espabilen y asuman su compromiso en la misión de anunciar el Reino que era y es presente absoluto.

Estamos acostumbrados a considerar la misión directamente vinculada a la acción, haciendo de la misión la puesta en marcha, en la dirección de los cuatro puntos cardinales, para expandir el Evangelio; y ese es, efectivamente, es el carisma concreto de lo que llamamos vida religiosa activa. Pero, es evidente, según se desprende del Evangelio, que hay otros carismas además del apostólico y activo, como es igualmente evidente que todos ellos llevan inscrita en su entraña la misión.

Las páginas que siguen pretenden poner de manifiesto cuál es la misión evangelizadora de los contemplativos y más en concreto de la Orden de santa Clara: la misión del testimonio de estabilidad, de sencillez, fraternidad y de acogida en una vida dedicada a la oración contemplativa, bajo una Regla, en un determinado lugar y con unas hermanas concretas. Jesús nos dice a nosotras, Hermanas Pobres de Santa Clara, lo mismo que les dijo a sus discípulos y dice a todos sus seguidores: «Poneos en camino». No hay contradicción entre ponerse en camino y permanecer. Porque permanecer no es aislarse, no es poner más puertas, más rejas o más cerrojos.

Sí, «poneos en camino...», nos dice Clara de Asís, abiertas a expandir los tesoros de la vida clariana desde vuestro convento, desde vuestra capilla, desde el círculo de la Comunidad que ora, medita, trabaja y acoge. «Poneos en camino...» atentas a la Palabra y a los signos de este tiempo, compartiendo con los hombres y mujeres del mundo la vida del Espíritu, que ha de ser entregada.

No es, ciertamente, tarea fácil responder a lo que se me ha pedido, en el breve espacio de tiempo que se concede a mi comunicación: presentar como clarisa, cuál es y puede ser en el hoy, la aportación de la Vida clariana a la evangelización de la Iglesia y a la sociedad. Tendré que contentarme con hacerlo a grandes rasgos, concentrando la mirada en lo más esencial, confiando en que eso no sea obstáculo para manifestar con claridad sus aspectos más sobresalientes. Y esto lo haré, no con la erudición de quien expone una lección magistral de teología de la Vida Consagrada o de la vida franciscana, sino con la fuerza y la pasión, y también con los límites, de quien gasta su vida en vivirla.

Francisco y Clara de Asís y la comunidad de clarisas de la ciudad de Ávila han orientado y marcado mi experiencia de seguimiento de Cristo y mi camino de contemplación, y desde estas experiencias concretas es desde donde sé y puedo hablar de la Vida Contemplativa Clariana y su compromiso en la evangelización de nuestro mundo.

I.- LA VIDA CONTEMPLATIVA

a) *¿Quién es la persona contemplativa?*

En un intento de acotar los límites de mi reflexión, diré - con sencillas palabras, como quien comparte la entraña misma de su propia existencia-, que para mí contemplativa, contemplativo es, en términos generales, quien sabe entrar en una comunión cada vez más profunda con la realidad que le envuelve, quien sabe mirar e ir más allá de cualquier horizonte y percibir en él lo que no ven los ojos pero conmueve su entraña, quien se deja afectar por el misterio fascinante que alienta en cada cosa y en ello encuentra y se encuentra con Dios.

En este sentido, la contemplación es una vocación universal, de todos los hombres y mujeres de ayer y de hoy, cualesquiera que sean su forma de vida, estado y condición.

Sin embargo, ya desde los primeros tiempos de la Iglesia, ha habido en ella quienes se han sentido llamados a hacer de la contemplación forma de vida y a vivirla en comunidad, haciendo girar en torno a la oración contemplativa la vida cotidiana, creando espacios y lugares donde todo favorece el abrirse con fuerza y dedicación al misterio de Dios y al encuentro con Él. Pero quienes esto hacemos, en el fondo no buscamos otra cosa que lo que todo cristiano persigue, por más que nuestros medios puedan ser distintos: vivir el Evangelio amando a Dios y siguiendo a Jesucristo.

Quienes nos hemos sentido llamadas a vivir la Vida Clariana, vivimos la opción creyente en la Iglesia, porque en ella resuena para nosotros la auténtica Palabra de Dios y Jesús se nos da en sus sacramentos; y pretendemos hacerlo de forma límite, al estilo de Francisco y Clara de Asís, renunciando, por ello, a todas aquellas realidades no fundamentales en las que, sin embargo, las personas ponemos habitualmente nuestras seguridades y nuestros intereses para afirmarnos en la vida. Así de explícito y simple: vivir el Evangelio optando por el Dios de la vida tal como se nos revela en Jesucristo. Fundamos nuestra existencia, no en una ideología o en una filosofía, sino en la fe y en el amor a Cristo, como expresa magistralmente Clara, cuando escribe a Inés de Praga: «*Mira atentamente, considera, contempla, con anhelo de imitarle a Cristo..., y transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen suya*» (cf. 2ª y 3ª Carta de santa Clara a Inés de Praga).

b) *La contemplación es identificación y transformación*

Contemplar a Cristo para seguirlo en la vida franciscana exige en nosotras un constante esfuerzo de identificación con Él, y supone una participación real, activa, consciente, libre, amada y buscada en los misterios de su vida, en el misterio mismo que Él es y, especialmente, en su condición de siervo, pobre y

humilde, que es el centro de nuestra espiritualidad, siendo muy conscientes, sin embargo, que si es imprescindible para nosotras vivir atentas a la humanidad de Cristo, sobre todo en el misterio de su nacimiento, su pasión y cruz, no lo es menos no perder de vista su condición divina y gloriosa: «Cristo es el Hijo del Altísimo dado a luz por la Virgen María» y el Señor resucitado.

Nuestra grande y gozosa tarea es, entonces, dejarnos transformar por Él y testificarle; ser su presencia viva, aunque siempre limitada, en esta tierra.

c) La contemplación es solidaridad con las esperanzas y dramas de nuestro tiempo

Puesto que nuestra contemplación de Cristo se ordena a su seguimiento, nuestra forma de Vida Contemplativa no supone, en modo alguno, una «huida del mundo»; antes al contrario, trata de hacer suyos «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres» (cf. GS 1), las carencias y urgencias de nuestro tiempo, tratando de responder a ellas con fidelidad creativa, para impregnar la cultura con los valores evangélicos, potenciando lo que es compatible y transformando lo que no lo es (cf. GS 58).

El convento no es un lugar para huidas; quienes vivimos en él estamos abocadas a asumir la dramática existencial como todo ser humano, y hay que vivirla lisa y llanamente, sin la protección de muchas de las cosas que dan sentido a la mayoría de las personas: matrimonio, hijos, especialización profesional, etc.

No entramos en el Convento para huir del mundo, ni para olvidar o ignorar su existencia, sino para estar presentes en él de un modo diverso y, si cabe, más profundo. Llegamos al Convento no buscando una vida tranquila, refugio o seguridad, sino para vivir el seguimiento de Cristo en el interior de una Comunidad y desde ahí compartir el sufrimiento, el dolor y las esperanzas de toda la humanidad.

Cada día nuestra oración hace memoria y celebra la acción de Dios en favor de los hombres. Abiertas a la realidad de nuestro mundo de hoy, nuestra oración es reconocimiento, súplica, admiración, gratitud, adoración y alabanza constante de la presencia y la acción de Dios en la creación y en la historia.

II.- LA HERMANA POBRE DE SANTA CLARA: SIGNO Y PROPUESTA DE UNA NUEVA HUMANIDAD

La Vida Contemplativa Clariana tiene, ciertamente, una palabra que decir, su particular aportación, no sólo en la Iglesia, como es propio de todos los carismas, sino también en el campo de la cultura y de la sociedad, **siendo, con realismo y con humildad, signo de la fe en el Dios de Jesucristo y en su proyecto, y signo de humanidad** a través de los numerosos gestos humanizadores que caracterizan esta forma de vida. Voy a destacar algunos.

a) Una manera alternativa y auténtica de estar en el mundo

Quienes se acercan a nosotras, fácilmente perciben que nuestra forma de vida es una manera auténtica de estar en el mundo, de vivir plenamente la existencia humana. Es una vida en la que optamos porque sea Dios quien dé sentido a cuanto nos toca vivir. Elegimos **ser** frente a **poseer**; preferimos la esperanza de lo que vamos a poseer, a retener lo que hemos conquistado. Elegimos trabajar y ganarnos el pan con esfuerzo y sudor, aunque para nosotras la razón última del trabajo es el sustento y no la acumulación, el disfrute de la creación y no la conquista, con lo cual mantenemos la libertad incluso sobre las obras de nuestras manos.

Cuidamos y fomentamos la celebración, el ocio y la fiesta. La gratuidad es una dimensión central de nuestra vida fraterna, que se concreta en el protagonismo que en ella concedemos al encuentro gratuito, a las ancianas y enfermas, y a cada una de las hermanas en particular.

Comprendo que todo esto disuena en oídos y mentalidades saturados de otras músicas más productivas y eficaces y que no se perciba toda la importancia que tiene.

La cultura que impone la globalización en nuestra sociedad está radicalmente orientada a la producción y al consumo, a la posesión, a la retención, a la afirmación por el tener...

En la «aldea global» en que hoy nos toca vivir, el ser humano se siente cada vez más extraño, extranjero en su propia patria, amenazado, sin raíces. Las nuevas posibilidades de comunicación, el acceso casi inmediato a la información, no suponen, sin más, unas relaciones cercanas y humanizadoras y solidarias; estamos viendo nuevas formas de despersonalización, como es la de quien huye de la soledad navegando sin timón en el ciber-espacio, haciendo amigos de papel y sin rostro: los próximos, los prójimos reales, son reemplazados por los amigos virtuales.

En este contexto, la Vida Contemplativa Clariana quiere ofrecer al mundo entrañas de misericordia y explicitar ante los hombres y mujeres de hoy que de nada le valen sus posesiones, la angustia y el cansancio de la vida, que es preferible la solidaridad al egoísmo y aislamiento; la libertad y el saber gozar de las cosas, y no el esclavizarse con ellas; que es mejor depositar una confianza plena en el Absoluto, Dios, a depositarla en las cosas que nos son inferiores y que por ello no podrán asegurarnos nada para siempre.

Las Hermanas Pobres de Santa Clara queremos..., pretendemos responder a la demanda de espacios de encuentro por parte de tantos como buscan salir de la soledad que provoca el individualismo, las divisiones y exclusiones; y ofrecer una manera alternativa de ser y estar en el mundo, una manera **más fraterna**, que promueve los valores humanos y ayuda al hombre y a la mujer de hoy a superar las barreras de la fragmentación y el vacío interior, el egocentrismo y el placer como valor primordial de la vida, el culto al cuerpo y la infravaloración de toda vida no inmediatamente eficaz y útil.

Porque nos tomamos muy en serio nuestra condición humana, no queremos perderla inútilmente, sino llenarla, plenificarla, vivirla con sentido. Por ello la entregamos en el seguimiento de Jesús. Pero no nos basta con ser nosotras felices: queremos hacer a todos partícipes de nuestro «tesoro»; **de ahí que nos sintamos obligadas a manifestarlo a nuestros contemporáneos hambrientos de sentido.**

b) Testigo de la presencia y del amor gratuito de Dios

La vida de Hermana Clarisa quiere atestiguar, simple y explícitamente, que la realidad última que da sentido y sustentación al mundo es aquella que nombramos con esa palabra misteriosa y simple: Dios; un Dios que tiene un rostro personal, vive en referencia a los hombres amándonos, *es el Padre de las misericordias* (cf. *TestCl 2*), y por tanto, cada hombre o mujer puede estar confiada y amorosamente ante El, a pesar de todas las dificultades del vivir de cada día

Esta palabra que pronunciamos con nuestra existencia cotidiana, es una palabra sobria, simple, sencilla y confiada. Con nuestra existencia estamos hablando de Dios como Aquel que nos confiere luz aun cuando a veces estemos en medio de las tinieblas. En última instancia, nosotras, en el silencio de nuestro retiro, pronunciamos una palabra sobre el Dios que se nos ha manifestado y se nos ha dado a conocer y amar en Jesucristo, *el más bello de los hijos de los hombres* (2ª Carta de santa Clara a Inés de Praga, 20).

c) La vida fraterna «signo» de la radical libertad humana

«... el Altísimo Padre celestial se dignó, por su misericordia y su gracia iluminar mi corazón para que hiciera penitencia... junto con las pocas hermanas que el Señor me había dado a raíz de mi conversión» (Testamento de Santa Clara).

La vida fraterna que se sustenta en la experiencia del amor de Dios como Padre, fuente de vida que comunica al hombre su Espíritu de amor, nos lleva a percibir en nosotras la fuente de la verdadera libertad: la libertad para servir a los otros por amor. La libertad cristiana es libertad para amar, para dar la vida al estilo de Jesús: «*La vida nadie me la quita, sino que la doy*» (Jn 10, 18): Desde nuestra vivencia de fe comunicamos a los hombres la convicción de que la libertad sólo se mantiene cuando se la recibe como don de Alguien y cuando se hace de ella una ofrenda. Pero es un hecho que hoy tendemos a ir acumulando esclavitudes en nosotros mismos, y de los unos sobre los otros. Nos vamos encadenando mutuamente, de forma individual y colectiva. Luchamos, entonces, por rescatar nuestra libertad de la esclavitud de los otros, pero cuando creemos haberla recuperado, nos servimos de ella para esclavizarnos a nosotros mismos y a los demás. Siempre nos queda una liberación interior que realizar. Por eso, cada día, en la oración de la mañana y del atardecer le pedimos a Dios que nos haga libres, que nos dé la verdadera libertad, y nos ayude a no ceder ante la tentación de someter a la hermana, de servirnos de ella en función de nuestros proyectos.

El Señor nos ha llamado a vivir el Evangelio en comunidad de hermanas, a ser y vivir como hermanas, en la igualdad, la reciprocidad y el servicio mutuo. La calidad de las relaciones interpersonales, al par de la contemplación, constituye para nosotras uno de los objetivos prioritarios de nuestra forma de Vida Contemplativa Franciscana.

Al formar parte de un mundo con un marcado espíritu individualista y competitivo, que hace difíciles las relaciones entre las personas, los grupos y los pueblos, somos conscientes de que la fraternidad es gracia; gracia que podemos hacer nuestra en la medida en que vivimos, de manera intensa y significativa, la experiencia de un Dios que es comunión en la diversidad y diversidad en la comunión: «*Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti*» (cf. Jn 21); y gracia que queremos testimoniar a los hombres y mujeres de hoy, asumiendo las fragilidades de nuestro mundo, desde la firme convicción de que sólo cuando nuestras manos no vacilan en brindarse solícitamente, cuando somos capaces de aceptarnos mutuamente, con respeto y libertad, podemos pronunciar con la alegría y la fuerza de la fe, la palabra que convence, signo del amor de Dios entre los hombres: «*En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros*». (Jn. 13,34)

d) Escucha y acogida de la palabra de los hombres y de sus pasiones humanas

La celebración litúrgica es la acción eclesial que nos permite recrear un espacio sobreabundante de gratitud, alabanza y contemplación. La liturgia es un espacio para contemplar que estamos llamados al gozo de existir, a vivir el amor gratuito de Dios que nos ha creado y salvado. A través de las celebraciones litúrgicas, de la oración, no menos que de la cercanía solidaria a los hombres, nuestras casas se abren para ofrecer un espacio adecuado para que, quienes lo deseen, hagan la experiencia del Dios viviente, y a la vez encuentren en nosotras personas dialogantes con quienes intercambiar su experiencia de vida humana o su experiencia religiosa, en dubitación o en gozo, en dolor y alegría y, por consiguiente, su esperanza y desesperanza humanas y creyentes.

También en esto consiste nuestra vocación evangelizadora, en prestar este humilde servicio a una humanidad interiormente desolada y desorientada, a la que le cuesta encontrar la raíz última de su vida, y se vuelve a las cosas y al ruido de cada día esperando de ellos plenitud y sustentación.

Durante mucho tiempo se ha hablado, y se sigue hablando en algunos contextos, del silencio de Dios o incluso de la muerte de Dios, pero, como bien decía Martin Buber, «el problema no es si Dios guarda silencio; el problema es si los hombres tenemos sosiego suficiente para oírle. El problema no es si Dios es mudo, sino más bien si nosotros somos sordos». Para poder oír, para poder tomar en serio a los hombres, es necesaria una profunda purificación espiritual. Una de las mayores carencias del presente en nuestra cultura occidental es que no tenemos tiempo, capacidad o amor para oír a nadie. Todos quisiéramos, sin

embargo, tener alguien que nos tomase tan profundamente en serio y con tanta despreocupación de sí mismo, que ante él pudiéramos, sin rubor, expresar todo aquello que sentimos, anhelamos o vivimos.

Ser Hermanas Pobres de Santa Clara es, en una palabra, ser hermanas, apostar por sostener a los miembros débiles, a los más vacilantes, y ello compromete a nuestras fraternidades a compartir sus riquezas: el cultivo del silencio y del sosiego nos ofrece un marco adecuado para escuchar y comprender, a los demás gratuitamente, sin pretensión alguna, ofreciendo, tal vez, sólo una palabra sencilla, un gesto afectuoso o simplemente nuestro tiempo y espacio. Como muy bien dice «Vita Consecrata», «los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial» (VC 6).

En diversos ámbitos se aprecia hoy un resurgir de la oración, en las formas más variadas: Nuestros conventos son y han de ser casas de oración, no sólo porque las hermanas que vivimos en ellas oramos, sino porque estamos dispuestas a enseñar a orar y a acompañar a otras personas en el camino de la oración.

III.- DESPUÉS DE 800 AÑOS SEGUIMOS SIENDO LLAMADAS A VIVIR EL EVANGELIO CON RADICALIDAD

a) Siendo signos de parte de Dios para nuestro mundo

Somos cada vez más conscientes de nuestra «crisis de identidad» como religiosas y como clarisas, y somos muchas las que buscamos posibles nuevas expresiones de nuestro carisma, que lo hagan significativo en contextos socioculturales nuevos, y reestructurar las presencias y los modelos.

La celebración de los 800 años de nuestros orígenes, nos invita a mirar el punto de partida como don heredado, que impulsa y dinamiza un presente más vivo y creativo en el que comprometemos nuestra fidelidad, no solo a nuestro pasado carismático, sino también a nuestro presente y el presente de nuestro mundo.

En algunos de nuestros ambientes se respira un cierto «aire de refundación», o dicho con otras palabras, de renovación, revitalización, reestructuración, actualización...: es un hecho que en nuestra Orden clariana se siente la exigencia de una nueva radicalidad evangélica, que integre fidelidad y creatividad, y se levante sobre un doble fundamento: vivir el Evangelio amando a Dios y siguiendo a Jesucristo, siendo signos de parte de Dios para nuestro mundo de hoy.

b) Siendo Portadoras de esperanza

Es incuestionable que estamos en un momento histórico importante y que las circunstancias nos apremian a todos los religiosos a trabajar juntos, como miembros de una única familia. Con frecuencia no sabemos cómo hacerlo: reflexionemos juntos, oremos juntos, para que juntos hagamos presente a Cristo en nuestro mundo. Pero parece que esto no basta: como Hermanas pobres, necesitamos recuperar el gozo de los orígenes y sentirnos invitadas a fijar los ojos en quien es el centro de nuestras vidas: Jesucristo, el Hijo de Dios: «*hecho para nosotras camino... y nuestro bienaventurado padre Francisco, verdadero enamorado e imitador suyo, nos lo ha mostrado y enseñado de palabra y con el ejemplo*» (Testamento de Santa Clara). Hemos de esforzarnos, por encima de todo, para que nuestras vidas sean un anuncio creíble de que Él sigue vivo y también hoy sale a nuestro encuentro en los caminos de la vida para invitarnos a vivir con plenitud.

Pero, más de una vez, nosotras, proyectando la mirada hacia nuestro futuro previsible, desde lo que es el hoy de nuestros monasterios y la ausencia de Dios en la cultura dominante, somos víctimas, como los discípulos de Emaús, de la desilusión, el desencanto, llegando a dudar de que seamos capaces de crear esperanza y vivir de esperanza. Intuimos que algo nuevo se avecina para la Iglesia, santa y pecadora, y para nuestra Vida Contemplativa, pero esto nos llena de desconcierto. Hemos de aprender a vivir estos momentos sabiendo escuchar y esperar, dándonos cuenta de que algo nos quema por dentro, pues es así como se da el verdadero nacimiento de la esperanza.

Entre el claroscuro de nuestro mundo de hoy, se va abriendo camino, como un lento amanecer, una Vida Religiosa en general y una Vida Contemplativa en particular, claramente minoritaria, pero que puede y ha de ser más viva, más sencilla, más fraterna y solidaria. Hemos de abrir los ojos para ver cómo están surgiendo nuevos espacios de revitalización de la fe y de la vida consagrada, verdaderos signos de esperanza - mezclados ciertamente con desilusiones, riesgos y preocupaciones-, semillas que comienzan a germinar. A la vista de esto, se impone luchar contra el desaliento, poner freno al cansancio y al pesimismo, a la improvisación y la ambigüedad. Es muy importante imaginar un futuro diferente y luchar por él, sin conformarnos con gestos y palabras intemporales, porque para construir futuro, es imprescindible tener un presente hecho no sólo de la tradición sino también de creación nueva.

T. de Chardin decía que el mundo será de los que sepan ofrecer esperanza; desde nuestro carisma contemplativo clariano, nuestra vida tiene la misión de levantar la esperanza del pueblo de Dios, porque los que viven en esperanza siembran esperanza, y la ilusión y la esperanza consiguen siempre frutos de fe y de amor. En nuestras comunidades es fácil encontrar debilidades humanas, pero, gracias a Dios, es igualmente fácil encontrar también, y sobre todo, hermanas, hermanas pobres y orantes, que viven con entrega y pasión su Vida Contemplativa.

c) Forjando calidad humana y espiritual

Tanto nuestras Constituciones Generales como los últimos documentos de la Iglesia para la Vida Consagrada, y en particular la exhortación apostólica postsinodal «*Vita Consecrata*» y la instrucción «*Caminar desde Cristo*», nos recuerdan la necesidad apremiante de adquirir una adecuada formación y actualización -que debe extenderse a todas las edades y prolongarse durante toda la vida- para responder a las exigencias de nuestro tiempo. Con no menor insistencia los Ministros Generales de la Orden Franciscana, sucesores de Francisco, a quienes Clara prometió obediencia, nos instan a mantener una formación de calidad, haciendo depender de ella no sólo nuestra estabilidad sino también la capacidad de hacer arraigar en el corazón de las hermanas los valores humanos, espirituales y carismáticos que son propios de nuestra Vida Contemplativa.

Si queremos dar calidad humana y espiritual a nuestra vida es prioritario apostar por una formación teológica y espiritual permanentemente actualizada, en contacto histórico vivo y cordial con las realidades de la Iglesia y de los hombres, y una cercanía sincera, y no piadosamente fingida, a las angustias y problemas de los hombres y mujeres de hoy.

Estoy convencida que una formación adecuada y el estudio son, ahora y siempre, condición imprescindible para mejorar la calidad y la credibilidad de nuestra vida, y para transmitir fielmente nuestro carisma a las generaciones venideras, sin olvidar, por otra parte, que esto es vital para una comunidad contemplativa, en la que el estudio permite mantener abierto el horizonte del reducido espacio físico y de relaciones en el que se desarrolla la vida cotidiana, al vivir siempre en el mismo lugar, con las mismas personas, escuchando las mismas cosas. La formación y el estudio son aire nuevo que nos ayuda a reconquistar el entusiasmo de los discípulos de Emaús en su regreso a Jerusalén: «¿No ardían nuestros corazones cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32).

Sin embargo, no podemos menos de constatar con preocupación y dolor las grandes dificultades que para ello nos salen al paso. La disminución del número y vigor de nuestras Comunidades, debido al envejecimiento de las mismas por la larga crisis vocacional, hacen dificultoso el sacar adelante el día a día comunitario con todo lo que conlleva de atención a las hermanas mayores y enfermas, de preparación de una liturgia digna y rica, de trabajo para asegurar el sustento de la comunidad y el mantenimiento de nuestros conventos y monasterios, etc. La sobrecarga y la tensión que todo ello supone crean no pocas dificultades tanto a la hora de vivir plenamente la dimensión esencial de nuestra vida, la contemplación, como para la formación y el estudio, sobre todo si se han de hacer en el propio convento. Es este un hecho que constatamos con dolor, aunque también con la esperanza de encontrar soluciones que logren integrar, por una parte, la necesidad, cada vez más apremiante en nuestra cultura y nuestra Iglesia, de una adecuada formación humanística, teológica y profesional de las hermanas más jóvenes, y por otra, nuestro inquebrantable empeño de fidelidad al Señor y a la forma de Vida Contemplativa que incluye clausura, aunque como un hecho diferenciado, que ha de ser respetado y promovido más allá de toda pretensión unificadora y normalizadora de la vida monástica femenina.

Estamos ante un futuro totalmente nuevo y el tiempo nos desafía. Es necesario que forcemos un dialogo abierto sobre cómo superar los condicionamientos históricos que dificultan e, incluso pueden impedir, la conveniente formación de las hermanas, si queremos asegurar la adecuada renovación de la Vida Contemplativa, de modo que pueda dar razón de su opción de vida a un mundo cada vez más cuestionador del sentido de la misma, y garantizar su futuro.

d) Revisando y reavivando la propia identidad

Una vida como la nuestra y en un contexto social y cultural como el actual, exige una clarificación permanente de la propia identidad. Es necesario seguir revisando las motivaciones de la propia opción, y esto, no sólo porque lo exigen nuestros procesos humanos y de fe, sino también porque la conciencia contemporánea nos plantea problemas nuevos y situaciones insospechadas que no existían en los inicios de la vida clariana de la gran mayoría de las hermanas y exigen ahora ser asumidos y afrontados críticamente, desde un análisis objetivo.

Este revisar y reavivar la propia identidad contemplativa requiere el cultivo de aquellos medios que son proporcionados a cada una de las etapas del propio proceso humano y espiritual: No basta tener claro qué es una vocación contemplativa, hay que poner los medios que nos van haciendo día a día contemplativas; porque no es que exista primero la vocación y luego se busquen los medios para realizarla: en los medios que una elige se hace verdadera su vocación y la vive.

La revisión permanente y revitalización de nuestra identidad exige igualmente cuidar la fidelidad a los elementos constituyentes de nuestra vocación, y el diálogo con aquellos para quienes nuestra vida pretende ser un signo. Hemos de preguntarnos si realmente tenemos una conciencia, una palabra común con los hombres, a través de la cual podemos comunicarles y compartir con ellos nuestra experiencia y escuchar y acoger las suyas.

Y toda esta tarea hemos de hacerla creciendo en libertad para ir tomando distancia, sucesiva y paulatinamente, frente a las formas primeras en las que se concretó nuestra opción, para no identificar el contenido esencial de nuestra vida religiosa con ninguna de sus expresiones culturales, con unos legados familiares o con unas tradiciones. Y esta libertad exige de nosotras tanta audacia como sentido común, para ver si lo que en un momento histórico fue la expresión de una auténtica fidelidad a Dios, en nuestro momento histórico pudiera ser una forma de in-fidelidad a Él.

Finalmente, es necesaria, asimismo, una confianza profunda en el valor excepcional de la propia vocación y sus opciones humanas fundamentales: la gratuidad, la prioridad del ser, la austeridad como una forma de relación libre y no posesiva con todo y con todos, etc.

CONCLUSIÓN

Concluyo esta sencilla aportación con unas palabras del Ministro General OFM, Fray José Rodríguez Carballo dirigidas en la homilia del primer día, a las Presidentas Federales reunidas en Asís con ocasión del II Congreso Internacional: «Queridas Hermanas y Hermanos, no podemos contentarnos con narrar las obras de nuestros predecesores, no podemos contentarnos con hablar de Francisco y de Clara, sino que, inspirándonos en sus vidas, debemos cumplir en nuestro tiempo la parte que nos toca. Para esto es necesario mantener la capacidad permanente de escrutar los signos de los tiempos y de los lugares para después interpretarlos a la luz del Evangelio y en sintonía con el sentir de la Iglesia. Es necesario «reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad» de Francisco y Clara. Es necesario mantener viva la capacidad de discernimiento evangélico para «examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (cf. 1Ts 5, 21), para «distinguir entre lo que viene del Espíritu y lo que le es contrario» (VC 73). Solamente así, podréis, queridas Hermanas, ser signos legibles de vida para un mundo sediento de «un cielo nuevo y una tierra nueva».

Que tengamos la osadía de reapropiarnos de la espiritualidad que sostiene nuestra vida y de ahí nazca la fuerza para proponer de nuevo a todos el «alma de Clara». Esa es nuestra más bella misión evangelizadora.